

y del Hijo y del Espíritu Santo, y que no deja de negar el poder del uno de ellos, inutiliza todo el misterio y sacramento que recibe: *Ita quavis et Patrem, et Filium, et Spiritum dicas, et aut Patris, aut Filii, aut Spiritus Sancti minuas potestatem; vacuum est omne mysterium.*

En todo este razonamiento se ve claramente que S. Ambrosio no habla del ministro que confiere, sino de la persona que recibe el bautismo; y que solo se trata aquí de la fe del bautizado, y de ninguna manera de las palabras que pronuncia el que bautiza. De donde se sigue haberse inferido mal de aquí, que el bautismo se había conferido en otro tiempo en el nombre de una sola persona, y que el así conferido era bueno y válido, porque así el bautizante como el bautizado entendían bajo el nombre de la persona expresada, toda la Trinidad, una en esencia, y en sustancia en las tres personas.

El autor que escribió contra la reiteración del bautismo, y que hemos citado antes, no es bastante claro. Dice netamente que el bautismo debe darse en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; que esta es la costumbre inviolable de la Iglesia; pero no manifiesta con igual distinción, si había fuera de la Iglesia herejes que solo bautizasen en el nombre de Jesucristo. Si él lo ha creído, y ha juzgado que no se debía reiterar tal bautismo, no tendremos dificultad en reconocer que en ambos puntos se ha engañado.

En cuanto á S. Hilario, sus palabras dicen sencillamente que entre el mandato de Jesucristo: *Id, bautizad á todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo,* y el de S. Pedro en las Actas: *Bautizaos en el nombre de Jesucristo,* hay alguna oposición, y que á tomarlas rigurosamente, parecería que los apóstoles habrían administrado este sacramento de otra manera que se lo había ordenado Jesucristo. Mas no declara si él llevaba esta opinión, ó si creía que no se debía reiterar tal bautismo, ó si creía que hubiese otros medios de conciliar esta pretendida contradicción, como los hay efectivamente.

En fin, pues que el texto de las Actas no es inconcusamente claro para probar que los apóstoles hayan bautizado en el nombre de Jesucristo solamente, sin expresar las tres personas de la Trinidad; pues que el pasaje de S. Ambrosio que se ha creído poder interpretar como se ha hecho, se ha interpretado mal; pues que el testimonio de los concilios y de los otros autores que han sostenido, la opinión de que el bautismo dado en el nombre de una sola persona es válido, no se funda mas que en un yerro de hecho, y en una autoridad mal tomada y mal entendida, se puede concluir con S. Juan Damasceno (1), que *ser bautizado en el nombre de Jesucristo, es bautizarse en su creencia; y como es imposible creer en Jesucristo sin creer al mismo tiempo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo,* se sigue tambien que el bautismo en el nombre de Jesucristo, de ningún modo excluye ni la fe en las tres personas, ni la pronunciación de sus nombres por el ministro del bautismo, de suerte que si se administrase en el nombre de Jesucris-

(1) Damascen. lib. iv. orthod. fidei, cap. 10.

V.  
Respuestas á los argumentos sacados ya del testimonio del autor contra S. Cipriano, y del de S. Hilario.

VI.  
Conclusion.

SOBRE EL BAUTISMO EN NOMBRE DE JESUCRISTO. 301  
to solamente, sería, no solo ilícito, sino inválido. Tal es la opinión de los mas sabios que han escrito sobre estas materias (1).

(1) Bellarm. de Sacrament. baptisni, l. i. c. 3. Est. in 4. Sent. dist. 3. § 5. N.º. Alex. secul. 3. Dissert. 13. Notae in nov. edit. Ambros. l. i. de Spiritu Sancto, cap. 4. Harduin. de Baptismo in nomine Christi. Martenne, de Antiq. Eccl. Ritib. Mabillon. Not. in epist. D. Bern. 403. nov. edit.

## DISERTACION

SOBRE

### SIMON EL MAGO.

ES cosa bien singular, que un hombre tan famoso como Simon el magico, autor de una secta numerosa, y reverenciado de los hombres hasta adorarlo realmente; un hombre que se dice haber sido honrado con una estatua, y un culto soberano en medio de Roma, por órden del mismo emperador y del senado, y esto en un siglo tan ilustrado; que este hombre que se presentó con tanto brillo en muchas provincias, que escribió diversas obras, y pretendió ser el Dios supremo, y el gran poder que gobierna el universo: es muy singular, repito, que semejante hombre fuese desconocido á los escritores paganos que nos quedan; ó que si lo conocieron, no hayan siquiera hecho mención de su nombre en sus obras (1).

Mas el silencio en esta parte de los autores profanos, se compensa muy bien con el crecido número de los escritores cristianos que hablan de aquel mágico, y que nos refieren su vida muy detalladamente, sus dogmas, sus prestigios y la circunstancias de su muerte. A mas de las Actas que nos describen su falsa conversión, S. Justino mártir, S. Ireneo, Tertuliano, Eusebio, S. Epifanio, y los que han escrito acerca de las heregias, han hecho una amplia exposicion de sus dogmas, y de las principales circunstancias de su vida. Vamos á referirlas segun ellos las cuentan, y á hacer las observaciones necesarias en los pasajes que necesitan explicacion, ó discusiones.

Despues de la muerte de S. Estévan, primer mártir, la persecucion que se suscitó contra la Iglesia, fué causa de que los discipulos del Salvador saliesen de Jerusalem, y de que habiéndose dispersado por diversos lugares, predicasen en ellos el Evangelio de Jesucristo, pero solo á los Judios y Samaritanos, no habiéndose abierto todavía la puerta de la fe á los gentiles. S. Felipe, uno de los siete diá-

I.  
Simon mago poco conocido de los autores profanos pero lo es mucho de los escritores sagrados y eclesiasticos.

II.  
Resumen de lo que las Actas refieren de Simon mago.

(1) Luego examináremos lo que Dion y Suetonio dicen de un hombre que quiso velar delante de Nerón, lo cual se entiende de Simon el magico.

conos, vino pues á Samaria (1), en donde convirtió muchas personas. Entre los que creyeron, ó mas bien, aparentaron creer, se hallaba Simon de quien aquí hablamos (2). Era de la ciudad de Gitta ó Gitton, situada en Samaria, pues se le da el sobrenombre de *Samaritano* (3); lo cierto es que moraba en Samaria cuando llegó allí S. Felipe. Algun escritor (4) pretende que Simon mago es el mismo que un cierto mágico de Chipre llamado Simon, de quien habla Josefo (5), cuando dice que Félix, gobernador de la Judea, queriendo casarse con Drusila, hizo venir de Chipre á un mágico llamado Simon, para que empuñase á aquella muger á abandonar á su marido Aziza. Los autores que acabamos de citar, quieren que en vez de *Gittica*, de Gitta, se lea *Cittica*, natural de Citta, ciudad de Chipre. Esta conjetura no se sostiene en prueba alguna, y Josefo no dice que el mágico de quien habla, sea nativo de Citta. Algunos antiguos dan el nombre de *Antonio* al padre de Simon mago, y á la madre el de *Raquel*. Este impostor decia que él era eterno, mas que habia pasado por Raquel para parecerse á los hombres.

Luego pues (6) que Felipe hubo instruido y bautizado á los Samaritanos, á quienes Dios abrió el corazón para que creyesen el Evangelio, concluido su ministerio, y no pudiendo darles el Espíritu Santo, ocurrió á los apóstoles que habian quedado en Jerusalem, suplicándoles viniesen á acabar su obra, dando la confirmación á los que habian creído. Entonces Pedro y Juan vinieron á Samaria, oraron por los neófitos, y habiéndoles impuesto las manos, bajo el Espíritu Santo sobre ellos, y dió indicios de su presencia por el don de lenguas, y las otras gracias sensibles que les comunicó.

Simon, cuya conversión, segun los padres (7), era fingida, y que atribuía los milagros que veía obrar á S. Felipe, á sola la magia, y no al poder de Dios, no dejó de seguir á este diácono (8), practicando exteriormente muchas obras de piedad, como el ayuno y la oración (9), sin mudar por eso su corazón, ni renunciar á su arte peligrosa, procurando por el contrario, perfeccionarse en ella y adquirir mayor fama (10) esperanzado que aprendería de S. Felipe el secreto de hacer los grandes prodigios que le veía ejecutar. Pero habiendo visto las maravillas que se habian seguido á la imposición de manos de los apóstoles, y que los recién bautizados se habian cambiado, por decirlo así, en hombres nuevos por los dones sobrenaturales que recibían, vino Simon á ofrecer dinero á los apóstoles, diciéndoles: *Dadme á mi tambien ese poder, para que á cualquiera que yo impusiere las manos, reciba igualmente al Espíritu Santo.* Mas S. Pedro le respondió: *Perexa contigo tu dinero, pues has juzgado que con dinero se adquiría el don de Dios: tú no tienes parte, ni tienes que pretender en este ministerio, puesto que tu corazón no es recto delante de Dios. Haz por tanto penitencia de esta tu maldad, y ruega á Dios que si es posible, te perdone semejante pensamien-*

(1) Act. vii. 1. et seqq.—(2) Act. viii. 13. *Tunc. Simon et ipse credit.*—(3) Const. Apost. l. vi. c. 7. *Recognitio.* Clem. l. i. c. 12. *Iustin. martyr. Epiph. Adv.*—(4) *Ita auctores supra citati. Addias in Petro, alii.*—(5) *Bosnago, Ez. p. 104. 105. Mr. le Moine.*—(6) *Antiq. l. xx. c. 5. p. 693.*—(7) *Vide Abdum in Petro. Recognit. Clem. l. ii. (8) Item. l. i. c. 20. Aug. homil. 6. in Joan. Epiphon. haeres. Simon.*—(9) *Act. vii. 13. Cum baptizatus esset, adherens ei Phylippos.*—(10) *Constit. Apost. l. vi. c. 7.—(11) Chrysost. in Acta, homil. 18. Aug. in Joan. homil. 6.—(12) Act. viii. 18. et seqq.*

to de tu corazón, porque veo que estás en hiel amarga y en lazos de iniquidad. A lo que contestó Simon (1). *Rogad vosotros por mí al Señor para que nada me suceda de las cosas que habeis dicho.* Esto es cuanto la Escritura nos dice de Simon mago.

Es verdad que S. Pablo en algunas partes de sus Epístolas, declara contra los falsos apóstoles; y se cree que habla particularmente por los discípulos de Simon en el siguiente pasaje de su segunda carta á Timoteo: *Los hombres malos y los impostores se fortificaron mas y mas en el mal, estando ellos alucinados, y haciendo caer á los otros (2).* Y: *Son hombres corrompidos en el espíritu y pervertidos en la fe; mas el progreso que harán tendrá sus limites, porque su locura será conocida de todos, como lo fué la de los mágicos de Faraon (3).* Pueden tambien entenderse de este herejiarca y de sus discípulos, estas palabras: *Sabed que en los últimos dias habrá tiempos peligrosos, y habrá hombres amantes de sí mismos, avaros, vanidosos, soberbios, maldicientes, desobedientes á sus padres y madres, ingratos, impíos, desnaturalizados, enemigos de la paz, calumniadores, immoderados, inhumanos, sin afecto á los hombres de bien, traidores, insolentes, inchados de orgullo, mas amigos del dolo que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, mas que arruinarán la verdad y el espíritu. Huid pues de estos (4).*

S. Júdas en su Epístola designa tambien estos herejes y los que vivían en los primeros siglos, diciendo: *Se han introducido entre vosotros gentes, de quienes se ha predicho mucho ha, que se atraerán este juicio; gentes impías que cambian la gracia de nuestro Dios en licencia de disolución, y renuncian á Jesucristo, nuestro único Maestro y Señor (5).* Se cree que Santiago en su Epístola (6), refuta á los mismos discípulos de Simon, estableciendo la necesidad de buenas obras para la salvación: creían estos herejes (7) que el alma nada debía esperar sino la gracia de Simon, sin detenerse en las buenas obras; siendo, decían ellos, indiferentes todas las acciones en sí mismas, y no habiéndose establecido la distinción de buenas y malas, sino por los ángeles, para subyugar á los hombres; pretendían que los que esperaban en Simon y en su Helena, hallándose libres de esta superstición, tenían libertad de hacer lo que quisiesen.

El apóstol S. Pedro nos hace una pintura espantosa de Simon y los demas herejes de su tiempo: *Como otras veces, dice, se han visto falsos profetas entre el pueblo, así se verán entre vosotros falsos doctores, que introducirán perniciosas heregias, y que renunciando al Señor que los ha rescatado, atraerán sobre sí mismos una súbita ruina. Sus maldades serán imitadas de muchos, que exponrán la senda de la verdad á las blasfemias, y seduciendolos con palabras artificiosas, harán tráfico de vuestras almas para satisfacer su avaricia. Pero su condenación, que hace tiempo está resuelta, se adelantará á grandes pasos, y la mano que ha de perderlos, no está dormida (8).*

Se sabe cuáles eran las infamias de Simon y de sus sectarios. Este herejiarca llevaba consigo á Helena, y cometa con ella toda suerte

(1) *Tertulianus de anima*, y el manuscrito de Cambridge, dicen que Simon les pidió esta gracia con lágrimas, y con grandes instancias.—(2) *2. Timoth. ii. 13.—(3) Ibid. v. 8.—(4) 2. Timoth. ii. 1. 2. 3. etc.—(5) Judic. v. 4.—(6) Jacobii ii. 14. et seqq.—(7) *Iren. l. i. cap. 20.—(8) 2. Petr. ii. 1. 2. 3.**

## III.

Textos de las epístolas de los apóstoles en que se cree que hablaban de Simon y sus discípulos:

de crímenes (1); llamaba á esta muger la primera inteligencia y madre de todas las cosas (2). Sus discípulos imitaban los desarreglos del maestro, y aun los excedían: ellos mismos confesaban en sus libros (3), que los que por la primera vez oyesen hablar de sus misterios, quedarían llenos de asombro. Despues haremos ver que la justicia de Dios no dejó impunes por mucho tiempo los crímenes de Simon, y que no permitió la elevacion de este sino para precipitarlo de un modo mas terrible.

El apóstol S. Pedro continúa describiendo estos hereges en estos términos: *Ellos ponen la felicidad en pasar cada dia en las delicias: ellos son la vergüenza y el oprobio de la religion; se abandonan á todas las disoluciones.... Tienen los ojos llenos de adulterio, y de un pecado que no cesa jamas; atraen á sí con un cebo engañador á las almas ligeras é inconstantes; mantienen en el corazón cuantas astusias puede sugerir la avaricia; ellos son hijos de maldición: han abandonado el camino recto, y se han extraviado siguiendo la senda de Balaam de Bosor, que anó la recompensa de su iniquidad.... Son fuentes sin agua, nubes agitadas de los torbellinos; negras y profundas tinieblas les están reservadas. Porque profiriendo discursos llenos de insolencia y necedad, halagan con las pasiones de la carne y los deleites sensuales á los que poco tiempo antes se habian retirado de las personas infectadas de errores (4).*

Toda esta descripcion conviene admirablemente á Simon, el hombre mas corrompido y extravagante que hubo jamas, avaro, impio, sacrilego, disoluto. El sostenia que su Helena, muger desenfrenada, que habia comprado en Tiro, era la misma Helena que habia sido ocasion de la guerra de Troya: pretendia ademas que esta muger era la primera inteligencia; que por ella habia tenido el Padre el desigmo de crear á los ángeles; y que, conociendo la voluntad del Criador, habia ella descendido mas abajo, y dado á luz á los ángeles, á quienes no habia dado conocimiento alguno de su Padre: que los ángeles habian creado despues al mundo y á los hombres; mas que temiendo que se descubriese su origen, habian estos detenido á aquella inteligencia entre ellos, y le habian hecho sufrir mil ultrajes, temerosos de que ella se volviese á su Padre: que la habian encerrado en diferentes cuerpos de mugeres; que entre otros habia ella animado el de la hermosa Helena, muger de Menelao, y que despues de varias revoluciones habia llegado al que entonces animaba. He aquí una parte de las extravagancias de este herege, y algunas de sus impiedades.

Decia que él era el Mesias, y que habia bajado del cielo para libertar á Helena; que al bajar habia pasado por diferentes cielos, en donde habia tomado la forma de la inteligencia que en ellos dominaba, por temor de que lo detuviesen y lo reconociesen: que habiendo llegado en fin á la tierra, se habia revestido de la figura humana, aunque no fuese hombre efectivamente; que los Judios habian creído haberlo hecho morir en una cruz; mas que él se habia burlado de ellos, y solo habia sido crucificado en apariencia. Avanzaba mas: que habia descendido

(1) Justin. Apol. 2. Iren. l. i. c. 20.—(2) Iren. l. i. c. 2<sup>o</sup>.—(3) Euseb. Hist. eccl. lib. ii. cap. 13.—(4) 2. Petr. ii. 13, et seqq.

do como Padre con respecto á los Samaritanos, como Hijo, con respecto á los Judios, y como Espíritu Santo con respecto á las otras naciones. S. Gerónimo cita estas blasfemias, sacadas de las obras de Simon: *Yo soy la palabra de Dios: yo soy la belleza de Dios: yo soy el Paráclito: yo soy el Todopoderoso: yo soy todo lo que hay en Dios.*

Quizá es tambien Simon y sus sectarios á quien S. Pablo tiene presentes en su Epistola á los Colosenses: *Tened cuidado, dice, que nadie os sorprenda con la filosofía y los discursos vanos y engañadores, segun las tradiciones humanas y la ciencia del mundo, y no segun Jesucristo.... Que nadie os condene por el comer y beber, ó sobre los dias de fiesta, las nuevas lunas ó los sábados.... Que nadie os arrebathe el precio de vuestra carrera, afectando humildad por un culto supersticioso de los ángeles, metiéndose á hablar de cosas que ignora; hinchándose por las vanas imaginaciones de un espíritu humano y carnal (1).* Esto y el P. Petau (2) creen que S. Pablo en este lugar habla de los discípulos de Simon.

Costaria trabajo creer que estos hereges tributasen algun culto á los ángeles despues de lo que enseñaban de los malos tratamientos que estos espíritus habian inferido á su madre Helena que los habia producido, y no se habia librado de sus manos sino por artificio. S. Epifanio (3) dice expresamente que miraban á los ángeles como á enemigos de Dios, y como á potencias malignas que se abian fuera de su plenitud. Ellos creian ademas que los ángeles habian creado el mundo, y que habian inspirado á los profetas: atribuían á los ángeles todo el Antiguo Testamento, creyendo que uno era autor de un libro y otro de otro. Sobre estos principios enseñaban que debían despreciarse las amenazas y predicciones de los profetas, y que no solo no se debia obedecer la ley, sino que observándola se exponía uno á la muerte y á la condenacion.

A pesar de esta indiferencia y desprecio, que manifestaban por los ángeles, les rendian un culto idolátrico (4), pretendiendo que nadie podia salvarse sin ofrecer al Padre sacrificios abominables por medio de los principados y potestades, que él colocaba en cada cielo. Quería el Padre, decían ellos, que se le honrase, no con la mira de obtener de ellos algun auxilio, sino para tenerlos propios, é impedir que se opusiesen á los desigmos de los hombres en esta vida, y para que no les hiciesen mal despues de su muerte. Esto es lo que seguramente llama S. Pablo: *Afectar humildad por un culto supersticioso de los ángeles, metiéndose á hablar de cosas que no se entienden.*

Pero hay en el pasaje de S. Pablo que acabamos de examinar, otra dificultad por la que puede dudarse (5) que el Apóstol haya querido designar á los sectarios de Simon; y es, que estos de que habla, procuraban sorprender á los Colosenses por las tradiciones de los hombres, por una ciencia mundana, sobre el comer y beber, sobre los dias de fiesta, las nuevas lunas, y los sábados; palabras que designan claramente que las personas de que se trata eran Judios ó Samaritanos, y se sabe que Simon despreciaba las leyes de Moises, que las

(1) Coloss. ii. 8. 16. 18.—(2) Est. in Coloss. ii. Petau. in Epiphian. haeret. 21.—(3) Epiphian. haeret. 21. c. 4.—(4) Tertull. Praescript. c. 33. Epiphian. haeret. 21. c. 4. Theodoret. Haeret. fab. i. 5. c. 9.—(5) Tillemont, nota 4 sobre Simon mago.

miraba como malas, diciendo que él había venido á abolirlas, y que quien las guardaba, incurria en la muerte y condencion. Para responder á esta dificultad, puede decirse que S. Pablo en el lugar citado ataca, no solamente á los sectarios de Simon mago, que honraban á los ángeles con un culto supersticioso, sino tambien á otros hereges, que querian introducir en la Iglesia las prácticas de la ley con la observancia del Evangelio.

Estio cree (1) tambien con algunos otros, que la Epistola á los de Efeso concierne principalmente á Simon mago y sus discipulos, cuya mayor parte se componia de Judios ó Samaritanos, que enseñaban opiniones monstruosas, y cometian acciones infames, vanagloriándose de una ciencia ridicula, y haciendo alarde de un lenguaje ininteligible, para engañar á los simples y á los ignorantes. Juzga igualmente este autor, y con sobrada razon, que las Epistolas á Tito y á Timoteo tienen el mismo objeto; y efectivamente, si se examinan con cuidado, se descubrirá facilmente en ellas que el Apóstol emprende refutar los errores de este herege y sus adictos, y que procura inspirar horror á sus crímenes, é infames acciones.

IV.  
Circunstancias de la vida de Simon referidas por los escritores eclesiásticos. Sus extravagancias ó impiedades.

S. Justino (2) nos dice que Simon recorrió varias provincias, dogmatizando en todas partes, seduciendo á los simples con sus prestigios y falsos milagros, y enseñando que él era el Cristo. Habia escrito algunas obras (3); y sus discipulos para autorizar sus extravagancias compusieron un libro intitulado: *La predicacion de San Pablo* (4). Las Constituciones, y Timoteo, sacerdote de Constantinopla (5), dicen que Simon y Cleobio habian escrito libros peligrosos para el nombre de Jesucristo y de sus apóstoles á fin de engañar á los fieles; y el prefacio de los cánones arábigos del concilio de Nicea, dice que los sectarios de Simon habian fabricado un falso evangelio, que dividian en cuatro partes, ó tomos, á los cuales daban el nombre de los cuatro ángulos, ó de los cuatro puntos cardinales del mundo. El autor del libro de los nombres divinos (6), asegura que Simon compuso muchos discursos contra la fe de Jesucristo, y que los tituló *Antirrhéticas*, ó *Contradictorias*; pero ninguna de estas obras ha llegado hasta nosotros, juzgando sabiamente la antigüedad que no merecian ser conservadas.

Hallandose Simon en Tiro, compró allí una muger disoluta, llamada *Helena* ó *Selena*: esta última palabra significa la luna. Ya hemos observado que él daba á esta muger el nombre de *primera inteligencia*, y de *creadora de los ángeles*, que despues de muchas revoluciones habia venido á animar el cuerpo que tenia entonces. Era esta una muger corrompísimima, con la cual aparentaba no tener comercio alguno carnal; mas en secreto vivia con ella de un modo proporcionado al desarreglo de su espíritu y de su corazon (7); ella entró en sus miras, y le servia en esparcir las impiedades, las extravagancias y las disoluciones que él enseñaba y practicaba el mismo tiempo.

Nombrábalas algunas veces *Helena* ó *Selena*, es decir, la *Luna* ó *Minerea*; y otras *Bar-belo*, esto es, hijo de Baal; ó en fin *Pránica*,

(1) *Est. præfat. in epist. ad Ephes.*—(2) *Justin. Apolog.* 2. p. 69. *Theodoret. de hæres. l. i. c. 1.*—(3) *Hieron. in Matt. xxix.*—(4) *Cyriac. de Baptism.*—(5) *Timoth. præf. C. P. de libel. de his qui ad Eccl. accedunt. Vulg. et Constit. l. vi. c. 8.*—(6) *Dionys. divin. nomin. c. 6.*—(7) *Epiphani. hæres. 21. n. 2.*

quizá *Pornica*, como si se dijera *impúdica, corrompida*. S. Epifanio (1) dice que esta palabra viene de una raíz griega que significa romper á una jóven, atender á su honor. Hesiquio (2) explica la voz *Pránicos* de un ganapan, de un cargador. El P. Petau no se conforma con esta explicacion. Ea efecto se creible que Simon diese nombre tan ordinario á una persona que queria hacer pasar por una divinidad. Sin embargo, casi no se puede suponer que este nombre se haya corrompido en el texto de S. Epifanio, porque lo repite muchas veces, y saca su etimologia de un verbo que está igualmente repetido. Como la mayor parte de los otros nombres de que se habla en el sistema de los discipulos de Simon y de los gnósticos, se halla en hebreo ó en siríaco, podria ser que *Pránicos* viniese del hebreo (3) *Phara*, fructificar, florecer, germinar; y de *Nacah*, ser puro, inocente; *Nacoth*, perfume. Sea lo que fuere, los gnósticos dicen que por la *Pránica* recogian la fuerza del cuerpo del hombre y de la muger; y bajo el nombre de *fuerza* entendian los hijos vergonzosos é impuros que el pudor no permite nombrar.

Simon queria que lo representasen bajo la figura de Jupiter, y á Helena bajo la de Minerva, y que á una y otra se tributase bajo los nombres de estas falsas divinidades, un culto supremo. Llamaba á su Helena madre de todas las cosas; algunas veces le daba el nombre de *Espíritu Santo*; decia que esta muger era la oveja descarriada, y que él habia bajado del cielo para redimirla (4); que Helena habia igualmente venido á la tierra pasando de cielo en cielo; que en fin ella habia tomado la forma humana. Que en cuanto á él, nada ménos era que lo que parecia, pues solo la figura tenia de hombre (2). Pretendia ser el Mesías, y por este medio se atrajo un gran número de discipulos, que se calificaban con el nombre de *Cristianos*. Mezclando á sus encantamientos el nombre de *Cristo*, seducia á muchas personas, que se alucinaban con el brillo de sus falsos milagros.

Con todo no queria que se le tuviese por Jesucristo, ni que se reconociese á Jesus por Hijo de Dios (5). Al contrario, se declaraba su rival, y se esforzaba en hacer á los ojos de los hombres prodigios engañosos, semejantes á los verdaderos milagros del Salvador, y capaces de contravalencar la autoridad que Jesucristo se habia adquirido entre los hombres. No habria sido facil confundir á un hombre tan corrompido y extravagante como Simon, con Jesucristo, cuya vida y cuya moral eran tan puras, y tan divina; su doctrina; pero era necesario ser muy penetrante para discernir los prestigios de tan gran mago como Simon, de los verdaderos milagros del Salvador. Confieso que no veo por qué Simon decia que no habia sido crucificado más que en apariencia, si no queria que se le tuviese por Jesucristo. Pero es inútil buscar consecuencia y solidez en un sistema tan ridiculo y mal trazado como lo es el de este impostor.

S. Ireneo (6) cuenta que este herejia asegura que habia bajado del cielo, no solamente para salvar á su Helena, su oveja descarriada, sino tambien para restablecer en el universo el orden per-

(1) *Epiphani. hæres. 25. l. i. c. 4. p. 78.*—(2) *Hesiqui.*—(3) *Fructific. germin. in. neces suvi. vel. thymianum.*—(4) *Iren. l. i. c. 20.*—(5) *Epiph. loc. citato. Augustin. de hæres. 5.*—(6) *Origen. l. v. contra Gelsam.*—(7) *Iren. l. i. c. 20. Aug. de hæres. Epiph. hæres. l. 2. c. 10.*

turbado por la ambición de los ángeles, cada uno de los cuales quería ser el primero; é igualmente para procurar la salvación á los hombres, cuya calamidad principal consistía en no conocerlo, y en estar sujetos á los ángeles, que habían establecido la distinción de buenas y malas obras, con el desdichado de mantener á los hombres en el abatimiento y en la servidumbre.

Decía que no había ni resurrección ni salvación que esperar para el cuerpo, sino solo para el alma: que por lo demás el hombre no debía contar con las buenas acciones; y que para quedar enteramente libre de la servidumbre y de la superstición introducida por los ángeles, era necesario poner su esperanza únicamente en él y en su Helena. Semejantes principios fueron practicados harto exactamente por sus discípulos (1), que deshonraban el nombre cristiano con mil infamias.

Jactábase Simon de poder sacar de los infernos las almas de los profetas (2). Decía que él había volado al través de los aires (3); que se había envuelto en fuego, de suerte que solo formaba un cuerpo con este elemento sin ser consumido; que había animado y hecho mover á las estatuas: que había convertido las piedras en pan: que se hacía visible ó invisible cuando quería: que penetraba montes y rocas sin que le hiciesen resistencia: que se precipitaba de un monte abajo sin temor de lastimarse: que podía desembarazarse de las ataduras que se le pudiesen: que hacía nacer árboles repentinamente; y que cambiaba y mudaba semblante sin que pudiesen reconocerlo. Contaba que habiéndolo enviado su madre Raquel un día á cosechar el campo, mandó á su hoz que trabajase por sí sola, y que ella había segado tanto como diez hombres juntos. Se decía de él que un día había dicho á Neron: "Hacedme cortar la cabeza secretamente, y resucitaré dentro de tres días." Quiso solo hacer Neron; mas habiendo substituído Simon un carnero en su lugar que fué decapitado (4), se presentó el mismo á los tres días como si hubiese resucitado.

El autor de las Constituciones apostólicas (5), y el de las Reconociones publicadas bajo el nombre de S. Clemente (6), con el falso Abdías (7), refieren que Simon tuvo una disputa con S. Pedro en Cesarca de Palestina, de donde pasó á Tripoli en Fenicia, y luego á Roma, á donde lo siguió S. Pedro. En el falso Abdías y en otras partes se leen muchas particularidades de lo que Simon hizo en Roma, y de las disputas que allí tuvo con S. Pedro en presencia de Neron: mas no apreciamos bastante estas obras para referir aquí lo que en ellas se dice.

Más aprecio podría hacerse del testimonio de los antiguos padres (8) que han hablado de un primer viage que Simon hizo á Roma en tiempo del emperador Claudio, bajo el cual le erigieron los Romanos, segun dicen, una estatua con esta inscripción: A Simon, dios santo, *Simoni Deo Sancto*. S. Justino dice haberla visto; y asegura que aun en su tiempo, es á saber, hacia el año 150, los Samaritanos, y algunos otros de sus discípulos, lo reconocían por el mas grande de los

V.  
Erigieron los Romanos una estatua á Simon mago? Razones y autoridad en que se apoyan los que lo sostienen.

(1) Euseb. l. i. c. 13. Hist. eccl. — (2) Tertul. de anima, c. 37. — (3) Videt Abdias in Petro, et Clement. Recognit. l. i. m. — (4) Pseudo-Marcellus in Actis Petri et Pauli. — (5) Const. apostol. l. i. c. 8. — (6) Recognit. Clem. l. i. m. — (7) Pseudo-Abdias in Petro. — (8) Justin. Apolog. 2. p. 69. et 91. SIMONI DEO SANCTO.

dioses (1). S. Clemente de Alejandria confirma lo mismo en sus Stromatas (2); y S. Ireneo (3) en sus libros contra las heregias. S. Cirilo de Jerusalem (4), Tertuliano, Eusebio, y Teodoreto, hablan tambien de esta estatua (5). S. Agustin (6) asegura que la habia erigido una autoridad pública. S. Justino señala hasta el parage en que estaba colocada, que era entre los dos puentes del Tiber, ó en la isla de este rio. He aquí un hecho atestiguado de una manera que parece no admitir contradicción. Son muy graves y casi contemporáneos los autores que afirman una cosa, de la cual algunos fueron testigos, y que pasaba por incontestable en su tiempo. Si S. Justino, que es el primero que ha hablado de esta estatua, pudiera ser acusado de ligereza y de ignorancia, ó de no haber referido este hecho, sino de paso y como una conjetura, podria tal vez sospecharse su narración, y no tenerse confianza en su discernimiento; pero un hombre tan grave, juicioso, é instruido, como él lo estaba en la religion pagana, escribiendo en Roma, donde moraba de ordinario, y en donde ocupaba un rango de consideracion en la Iglesia, que asienta el hecho, de que se trata en un escrito presentado al emperador y al senado, habria querido ponerse en peligro de ser convencido de impostura por el mas despreciable ciudadano de Roma, sosteniendo como cierto lo que habria sido tan notoriamente falso. A qué riesgo no se expulsa él, y con él á la Iglesia cristiana, que era entonces tan odiada y despreciada en Roma? Ciertamente si él hubiera caído en semejante equivocacion, no habrian dejado los gentiles de habérsela echado en cara; y pues no lo hicieron, es sin duda porque no pudieron hacerlo. Los mismos cristianos tenían un interes esencial en suprimir este pasage, ó á lo ménos en excusarlo, si el error hubiera sido tan grosero como se supone; y si S. Justino hubiera tomado como quien eran algunos, *Simoni Deo Sancto*, por *Simoni Deo Sancto*, como S. Ireneo, Tertuliano, Eusebio, y S. Agustin, es decir, los hombres mas sabios é ilustrados de la Iglesia en su tiempo, han sostenido lo mismo despues de S. Justino? Se dirá que Tertuliano y S. Agustin ignoraban quien fuese *Semo Sanctus*, ó que no se tomaron el trabajo de informarse; que no sé dignaron ver por sus propios ojos, estando en Roma, la estatua ó inscripcion de Simon, ó si se quiere de *Semo Sancto*. S. Agustin en sus libros de la Ciudad de Dios (7) hace mencion del dios *Sanco* ó *Santo*, de los Sabinos. Tertuliano ninguna cosa ignoraba de toda la religion pagana; con todo, uno y otro apoyan lo que se lee en S. Justino; y S. Agustin (8) aun apade que tambien se habia erigido una estatua á Helena, muger de Simon. Teodoreto (9) cuya erudicion y sabiduria son tan conocidas, dice que la estatua de Simon era de bronce, circunstancia que no habia tomado de S. Justino.

No puede negarse que hay bastante semejanza entre *Simoni Deo Sancto*, y *Simoni Deo Sancto*; mas lo que se lee en la inscripcion que habla en Roma, que referiremos luego, es muy diferente de lo que viene en S. Justino, para creer que sea la misma cosa. La estatua de que habla S. Justino, se habia erigido por autoridad pública y por orden

VI.  
Razones en que se apoyan los que ponen en duda la rela.

(1) Justin. Dialog. cum Tryphone, p. 349. — (2) Clem. Alex. l. ii. Stromat. — (3) Iren. l. i. c. 30. — (4) Cyrill. Jerusalem. Catech. b. — (5) Tertul. Apolog. c. 13. Euseb. Hist. eccl. l. vi. c. 14. Theodor. haeret. fabul. l. i. — (6) Aug. de haeres. l. i. — (7) Aug. de Civ. l. 18. c. 19. — (8) Aug. de haeres. l. i. — (9) Theodor. haeret. fabul. l. i. c. 1.

del emperador y del senado, como lo declara en su segunda Apologia (1); y la que se nos decanta es obra de un particular. 2.ª En la inscripcion de *Semo Sanco*, se lee *Semoni Sanco Deo Fidio*, palabras que destruyen todo el sistema de S. Justino, que no ignoraba que *Deus Fidius* era una antigua divinidad romana que presidia á los juramentos. 3.ª En fin, parece que la estatua ó inscripcion de Simon mago eran únicas en Roma, y las de *Semo Sanco* eran comunes y ordinarias, puesto que aun hoy se encuentran dos. El dictámen de San Justino es sostenido no solamente por los antiguos que hemos citado, y por los que existieron despues hasta el tiempo de Baronio, sino tambien por muchos modernos, como el mismo Baronio (2), Guillermo Spencer (3), Hammond (4), Tillemont (5), el P. Halloix (6), Grocio (7), Fleuri, y otros muchos.

Estas razones sin embargo, y estas autoridades, no han impedido que otras muchas personas eruditas hayan puesto en duda lo que refiere S. Justino. Confiesa que él ha estado en Roma, y ha visto una inscripcion semejante, poco mas ó menos, á la que refiere; pero sostiene que no era precisamente la misma, y que ninguna relacion tenia con Simon mago, que recibió honores divinos en su secta y entre los Samaritanos, mas no entre los Romanos, ni en la ciudad de Roma, en donde no era fácil introducir nuevas divinidades, ni un culto nuevo; y en donde estas certas de apoteosis se hacian con grande aparato, y solamente con licencia del senado (8); circunstancias y ceremonias que ningun autor nos dice haberse empleado en la pretendida apoteosis de Simon mago, que por sus prestigios pudo muy bien engañar al populacho de Roma, mas que en tan ilustrado siglo no habria podido alucinar fácilmente al senado.

Si esta famosa corporacion tuvo algunas veces la debilidad de decretar los honores divinos á hombres muertos ó mortales, fué únicamente por motivos de temor, de interes ó de adulacion; y en el caso ninguna de estas razones pudo inducir la á dar el nombre de dios á Simon, hombre obscuro, extrangero, sin nacimiento, sin crédito, sin autoridad; que no tenia mas mérito que su magia y sus prestigios, cosas altamente odiosas y despreciadas entre los Romanos, cuyas leyes condenaban la magia y mágicos, y castigaban severamente á los que los consultaban y á los que ejercian esta arte perniciosa.

¿Puede concebirse que el emperador y el senado hayan deferido los honores divinos á un hombre vivo, cuya cuna, patria y vida eran conocidas, y cuya flaqueza y necesidades estaban viéndose? Yo confieso que los mismos Romanos dieron el nombre de dios á Cayo, y tambien á Domiciano; mas el temor y el interes los forzaban á ello, y jamas se persuadió nadie interiormente de la divinidad de estos monstruos. Ninguno de estos motivos mediaba en lo tocante al pretendido culto tributado á Simon. Los pueblos de Listra quisieron inmolar víctimas á S. Pablo y S. Bernabé (9); mas esto fué porque los tuvieron por divinidades bajadas del cielo, que se les habian aparecido;

(1) Justin. Apolog. 2. Sub Claudio Caesare, Simon magus senatum populumque romanum in tantum admiratione sui stupescit, ut haberetur pro deo, et receptus in deorum numerum, honoraretur dicentibus sibi statua. (2) Baron. ad ann. 44. n. 35. (3) Guill. Spencer. vol. in Origines. contra Celso. l. 1. p. 44. (4) Hammond. Dissert. de episcopatum. l. 1. p. 115. (5) Tillemont. nota 2. sobre S. Justino. (6) Halloix. in Justin. (7) Grocius. l. in operum. p. 158. (8) Tertull. Apolog. c. 5. (9) Act. xiv. 10. et seqq.

y luego que reconocieron que no eran mas que hombres, quisieron apedrearlos.

En fin, no se puede racionalmente creer que los Romanos adorasen á Simon ni durante su vida, ni despues de su muerte. Mientras vivia, jamas recibieron su religion, ni adoptaron sus opiniones, á lo ménos no se ve vestigio de ello en la antigüedad. Los mismos padres que creyeron que los Romanos lo habian adorado, nada han dicho acerca de esto. Si lo hubieran tenido por un dios, sin duda hubieran adoptado sus errores. Despues de su muerte su crédito habia decaido por la caída que dió en presencia de Neron á vista del pueblo romano; y aun cuando fuese verdad que el emperador Claudio lo hubiera puesto entre los dioses, no habria podido sostenerse en este rango despues de su muerte, luego que se hubiese hecho ver que no era mas que un mágico y un impostor. Con todo esto, S. Justino y los demas padres que lo siguieron, suponen que mas de cien años despues de Claudio y Neron pasaba todavía por un dios entre los Romanos.

El escritor mas antiguo que nos habla de esta circunstancia es S. Justino Mártir, y de él sin duda lo supieron los demas, ya por sus escritos, ya por la relacion de otros, y por las voces que corrian. Empero sin tocar la santidad, erudicion y buena fe de S. Justino, se puede avanzar que algunas veces era un poco crédulo, y que la asentado como ciertas muchas cosas que el día de hoy pasan por muy dudosas. Por ejemplo, dice haber visto cerca de Alejandria las celdas en que los Setenta intérpretes tradujeron las Santas Escrituras, y refiere sobre esto particularidades enteramente fabulosas (1). Acusa á los Judios de haber corrompido los libros santos, y de haber suprimido diversos pasages favorables al Mesias; asegura por ejemplo, no solo que antes se leia en el Salmo xc. V. 10. *Dominus regnavit a ligno* (2), sino que los Judios fueron los que quitaron *a ligno*, en odio de la cruz del Salvador. Es pues, muy posible que haya tomado una inscripcion consagrada al dios *Semo Sanco*, venerado principalmente entre los Sabinos, como si perteneciese á Simon mago, divinizado por los Romanos, segun él pretende.

En 1574 se sacó en una excavacion en Roma la inscripcion siguiente en la isla del Tiber, en el mismo lugar en que S. Justino habia leído la de que nos habla:

SEMONI SANCO.

DEO FIDIO.

SACRUM.

SEX. POMPEIUS. S. P. F.

COL. MUSSIANUS.

DECUR.

BIDENTALIS.

DONUM DEDIT.

Habia otra igual, poco mas ó menos, sobre el monte Quirinal, y es esta (3):

[1] Justin. Exhort. ad gentes. [2] Justin. Dialog. cum Tryphone. [3] Apud Gruter. l. 1. p. xxvi. ex Fulvio, Urano.

SANCTO SANCO.

SEMONI DEO FIDIO.

SACRUM DE CURIA.

SACERDOTUM.

BIDENTALIUM.

RECIPERATIS.

VECTIGALIBUS.

En fin, véase aun otra que se ve en Rieti en Italia, en el antiguo país de los Sabinos, donde principalmente era adorado *Semo Sanco* (1):

SANCO. FIDIO. SEMO. PATRI.

DE. DECUMA. VICTOR. TIBEL. LUCIUS. MUMIUS. DONUM.

MORIBUS. ANTIQUEIS. PRO. USURA. HOC. DARE. SEMPER.

VISUM. ANIMO. SUO. PERFECTI. TUA. OPE. ROGAN. TE.

COGENDEI. DISSOLVENDEI. TU. UT. FACILIA. FAXSEIS.

PERFICIASQUE. DECUMAM. UT. FACIAT. VERAE. RATIONIS.

PROQUE. HOC. ATQUE. ALIEIS. DONIS. DES. DICNA. MERENTI.

Llamaba á esta divinidad casi indiferentemente *Semo, Sanco, Santo ó Fidio*, como Ovidio lo nota:

Quaerobam nonas Sancto, Fidio referram.

An tibi, Semo Pater (2).

Y los antiguos llamaban en general *Semones* (*quasi semi-homines*), á las divinidades de un rango inferior á los grandes dioses: se daba el nombre de *Semo* á Mercurio (3), á Hércules (4), á Vertumno, y á Priapo (5); y parece que *Semo*, honrado en el monte Quirinal, era Hércules. Ovidio, l. 6. Fast.

Hanc igitur (*Semonem*) veteres donarunt aede Sabini,  
Inque Quirinali constituere iugo.

Mas sin detenernos en estos pormenores, nos basta haber demostrado que se adoraba en Roma á *Semo Sanco*; que en aquella ciudad se veía una estatua y una inscripcion dedicadas á él en el mismo parage que S. Justino creyó haber visto la de Simon mago; y que la inscripcion estaba concebida casi en los mismos términos que la que él refiere: de donde se concluye que fácilmente pudo enganarse, sobre todo, siendo extranjero, poco instruido en la lengua latina, y muy ocupado de Simon mago, cuyos prestigios habian enganado largo tiempo á los Romanos. El sentir que acabamos de proponer, ha sido fuertemente sostenido por un gran número de sabios, ya críticos, ya teólogos, de una y otra comunión: por ejemplo, M. de Valois, notas sobre los libros 2 y 3 de la Historia de Eusebio; Saumaise, sobre Sparciano; el P. Pagi, *Critic. in Baron. an.* 42, n. 6.; Cisconio, *Opusculo præfatio expositioni Columnae Trajanæ*; el P. Mabillon, *T. 1. Mus. Ital. p. 57*; Ant. Vandale, *L. de Oraculis*; Reimel. *Dissert. de Sibyllis*;

[1] Apud. Gruter. l. i. p. xvii. n. 7. ex Appiano et Fulvio, aliaque.—[2] Fast. l. 6. r. 213.—[3] Auson. c. 19.—[4] Ovid. Fast. l. vi.—[5] Fulgent. de vocibus antiquis.

Itigio, *Dissert. de Haeresiarch.* Salom. Deyling. *Observ. Sacr. T. 1. C. 36*; Juan Alberto Fabric. *Not. in pseudo-Abdian.* p. 4. 9. de *Apo-cryph. N. T.*; el autor de una *Derseracion* impresa en la *Noticias de la republica de las letras*, año de 1685, mes de agosto; y otros muchos, cuyas razones hacen dudosos á lo ménos lo que S. Justino dice de la inscripcion hecha en honor de Simon mago.

Habiendo ido este impostor á Roma desde el tiempo de Claudio (1), y formándose allí muchos discípulos (2), lo siguió S. Pedro para disipar sus ilusiones; y en efecto, en poco tiempo arruinó el poder y crédito que se habia adquirido con sus prestigios. Aun parece que Eusebio dice (3) que pereció allí por aquel tiempo; y M. de Valois lo cree así, como tambien Metafrasto. Pero la opinion mas seguida es que no murió hasta el tiempo de Neron, hácia el año 65 de Jesucristo. Sulpicio Severo, S. Agustin, Arnobio, S. Filastro, S. Ambrosio, S. Máximo de Turín, Teodoreto, S. Cirilo de Jerusalen, S. Isidoro de Pelusio, Baronio, y la mayor parte de los historiadores, están por este último sentir. Admira que Eusebio no haga mención alguna ni del vuelo, ni de la caída de Simon en Roma bajo Neron, aunque este acontecimiento fuese tan ruidoso, tan importante, y tan á propósito para embellecer una historia como la suya. Los mas antiguos padres, como S. Justino, S. Ireneo, Origenes y Tertuliano, tampoco hablan de este hecho, aunque se dedicaron mucho á recoger cuanto se sabia de Simon mago.

Los demas padres que hemos citado, convienen en que estando Simon en Roma en tiempo de Neron, emprendió volar y subir al cielo, y que efectivamente voló algunos momentos; pero que habiéndose puesto en oracion los apóstoles S. Pedro y S. Pablo (4), cayó precipitado el mágico, y murió de la caída. En esto están de acuerdo estos autores; mas no lo están en el modo en que se elevó Simon, ni en el de su muerte.

Hegesipo y el falso Abdias dicen que subió al Capitolio, y que habiéndose lanzado desde una roca, comenzó á volar; que entonces el pueblo romano que estaba presente, habiendo gritado que jamas habia hecho Jesucristo cosa semejante, rogó S. Pedro al Salvador que hiciese brillar su poder contra el impostor; que al mismo tiempo ordenó á los demonios que lo sostenian en el aire, lo soltasen, con lo que cayó, habiéndose enredado en las alas que habia tomado, y quedando muy lastimado de la caída, murió poco despues.

Las Actas de S. Pedro, que llevan el nombre de Marcelo, cuentan que Simon, habiendo pedido que se le levantase una torre en el lugar llamado el Campo de Marte, subió á ella, coronado de laureles, á vista de todo el pueblo, y se puso á volar; pero que á ruegos de S. Pedro, cayó precipitado. El autor del poema de S. Pedro, impreso en Canisio bajo el nombre de Valafredo Strabon (5), habla tambien de esta torre. Arnobio (6) dice que fué elevado en un carro de fuego como Elias; pero que apenas hubo pronunciado S. Pedro el nombre de Jesucristo, cuando todo desapareció, y Simon fué echado en tierra, habiéndolo desamparado los

[1] Hácia el año 41 de Jesucristo.—[2] Euseb. Hist. eccl. l. ii. c. 15.—[3] Valesii. Not. in l. ii. c. 15. p. 33.—[4] Las constituciones apó tolicas no mencionan mas que á S. Pedro, l. vi. c. 9.—[5] Apud. Canis. t. 6. *Lectio. antiq. p. 659*.—[6] Arcebi. l. ii. p. 50.

demonios que lo sostenían; que se rompió las piernas con la caída, y fué llevado á Brunda, en donde se precipito desde la azotea de una casa, no pudiendo sobrevivir á la vergüenza y dolor que lo aquejaban. Muchos padres (1) refieren que se hizo elevar al aire por dos demonios, sirviéndose para esto de la fuerza de su magia; mas que los apóstoles S. Pedro y S. Pablo se pusieron en oracion, y él se halló abandonado y cayó al suelo como hemos dicho. Antiguas Actas griegas en M. Cotelier, traen que cayó en la calle nominada *Via Sacra*.

Algunos creen que Brunda, á donde Simon fué llevado despues de su caída, es la ciudad de Brundisio ó Brindis, situada á la extremidad de la Italia hácia la Grecia, como si este impostor, por cubrir la vergüenza de su derrota, hubiese querido salir de la Italia para volverse al Oriente. Pero otros quieren que Brunda sea un lugar ó cuartel de Roma: en efecto, los antiguos (2) cuentan que Simon murió en la misma Roma, y en medio de la ciudad como quiere S. Epifanio, y ninguno dice de un modo expreso que muriese en Brindis y fuera de Roma. Omito otros pareceres diferentes poco importantes, por ejemplo, que S. Pedro fué quien provocó á Simon al combate, como parece creer Teodoro (3), en lugar de que el libro de las Constituciones (4) dice lo contrario.

Este desafio se halla descrito mas extensamente en las Constituciones atribuidas á los apóstoles. Simon, se dice en ellas (5), se hallaba en Roma seduciendo á una multitud de gente, cuando acudió de dia claro al teatro, y habiendo persuadido al pueblo que hiciese ir igualmente á S. Pedro, prometiendo que él volaria por los aires, fué el apóstol en efecto, y el mágico comenzó á elevarse en el aire. Gritaron los asistentes que él era un dios, y puesto S. Pedro en oracion, levantando al cielo las manos, dijo, mirando á Simon: Yo soy un hombre de Dios, y un verdadero apóstol de Jesucristo, y no un seductor como tú: mando á las potencias infernales que te sostienen en el aire, que te abandonen para que te precipites, y seas la risa de los mismos que has seducido. Al mismo tiempo cayó Simon con gran ruido, rompiéndose el muslo y las extremidades de los pies: entónces la multitud exclamó: No hay mas que un solo Dios, que es el que Pedro predica. Muchos abandonaron á Simon; pero algunos le permanecieron adictos.

A este suceso se aplica lo que se lee en Dion Crisostomo (6) de que Neron mantuvo mucho tiempo en su corte á un hombre que habia prometido volar en el aire: aplicase tambien lo que refiere Suetonio (7), que en unos juegos emprendió cierto hombre volar delante de Neron; pero que desde el primer esfuerzo vino á tierra, y su sangre saltó hasta el pabellon, desde donde lo estaba mirando aquel príncipe. Mas no consta que el impostor de que hablan estos historiadores fuese Simon mago. Segun el modo con

(1) Vide Arnob. loc. citat. Cyrill. Jerosol. Coih. 6. Ambros. Hexaem. l. vi. c. 8. Sulpit. Sever. l. v. Hist. eccl. Isidor. Pelus. l. i. ep. 13. Theodoret. haeret. fab. l. i. c. 1. (2) Philastrius de haereticis. c. 29. Aug. de haereticis. i. Epiphon. haereticis. 21. 21.—(3) Theodoret. haeret. fabul. l. i. c. 1.—(4) Constit. apost. l. vi. c. 9.—(5) Constit. l. vi. c. 9.—(6) Dio Chrysost. Orat. 21. p. 371.—(7) Suet. l. vi. c. 12.

que los padres y los autores eclesiásticos nos refieren la empresa de Simon, parece que se ejecutó en presencia del pueblo, y no delante del emperador; y que no se meditó mucho tiempo, sino que hallándose el mágico bien seguro de la eficacia de su magia, tomó repentinamente su partido, y desafió á S. Pedro al combate. Es verdad que S. Filastro pretende que Simon se levantó en el aire en presencia de Neron; mas ningun otro antiguo lo dice.

S. Agustin (1) cuenta que algunos romanos atribuian el ayuno del sábado que se observaba en Roma, á que teniendo S. Pedro que combatir con Simon mago un domingo, habia ayunado el dia anterior con la iglesia de Roma; y que el suceso del combate, siendo tan feliz como hemos dicho, hizo que se conservase siempre el uso de ayunar en tal dia en aquella iglesia. Mas el mismo padre confiesa, que la mayor parte de los romanos creia que aquel ayuno tenia otro origen: *Est quidem et haec opinio plurimorum, quamvis eam perhibeant esse falsam perierque Romani*.

Si se quiere ver con mayor extension la diversidad de opiniones que hay entre los antiguos, tocante á la contienda de S. Pedro con Simon mago, y sobre la circunstancias que la acompañaron, se puede consultar á M. Cotelier en sus notas al libro iv. de las Constituciones apostólicas, en donde ha agotado la materia. Empero por grande diversidad que haya en los dictámenes concernientes á las circunstancias de este célebre acontecimiento, no se puede concluir de aquí, que sea falso el fondo de la historia, y por esto nos parece el partido mas prudente y juicioso, suspender el juicio en este punto; y este es tambien el sentir de M. Cotelier.

(1) Aug. epist. 86. ad Casulam.

## DISERTACION

SOBRE

### EL DIOS DESCONOCIDO,

A QUIEN HABIAN ERIGIDO UN ALTAR LOS ATENIENSES.

**H**ABIENDO llegado S. Pablo á Atenas, sentia su interior todo conmovido, al ver una ciudad hundida profundamente en la idolatria. Todos los dias disputaba, ya en la sinagoga con los Judios, ya en la plaza pública con los filósofos. Estos, alarmados de la nueva doctrina que les anunciaba, lo hicieron comparecer ante el arcópago para que diese cuenta de ella. Estando en medio de aquella asamblea les dijo: *Atenienses, en todo os veo religiosos hasta la supers-*

**L**  
Tercio que ocasiona esta Disertacion. Diversas opiniones sobre el altar del Dios desconocido.



tacion, pues pasando y viendo los simulacros de vuestros dioses, hallé un altar en que estaba escrito. AL DIOS DESCONOCIDO. Yo vengo pues á anunciaros hoy al que vosotros adorais sin conocerlo (1).

Se pregunta quién era este dios desconocido, cuál era este altar, qué quería decir esta inscripcion, por quién y con qué motivo se habia puesto? S. Geronimo (2), seguido por un gran número de intérpretes (3), creó que el altar de que habla S. Pablo, tenia esta inscripcion: *A los dioses del Asia, de la Europa, y del Africa: á los dioses desconocidos y extrangeros*; pero que S. Pablo cambió el plural en singular, porque no tenia necesidad para su intento, mas que de manifestar á los Atenienses que adoraban á un dios desconocido.

Otros pretenden que habia en Atenas un altar antiquísimo, erigido por consejo del filósofo Epiménides en ocasion de una peste que devastaba toda la ciudad. En aquel tiempo habia declarado el oráculo, que para que cesase la peste era menester expiar ó purificar la ciudad (4). Enviaron á Creta por Epiménides, famoso filósofo ó mágico, que vivia cosa de seiscientos años antes de Jesucristo. Habiendo llegado Epiménides á Atenas, tomó ovejas blancas y negras, y las condujo á lo alto de la ciudad en donde estaba el areópago. De aquí las dejó ir, haciendo que las siguiesen algunas personas á quienes dijo que las dejaran andar libremente, y que cuando por sí mismas se hubiesen parado, las inmolasen al dios del lugar mas vecino, ó al dios que conviniere. Ejecutose esto y la peste cesó. De aquí viene, dice Diógenes Laercio, que aun el día de hoy (vivia mucho antes del siglo segundo de la Iglesia) se vean en el campo y en las aldeas de Atica altares sin nombre de Dios, erigidos en memoria de esta expiacion hecha por Epiménides. A estos altares, que no tenían inscripcion alguna particular, ó que quizá tendrían solo la inscripcion general del dios causador de la desgracia sucedida, ó del dios que se debía aplacar, dicen que S. Pablo hace alusion en este pasaje (5).

Crean otros (6) hollar en Pausanias, en Filóstrato y en Luciano el altar del dios desconocido de que tratamos. Los dos primeros dicen que habia en Atenas altares inscriptos: *A los dioses desconocidos* (7); es á saber, que habia muchos, segun Grocio, de los cuales cada uno podia estar inscripto en singular: *Al dios desconocido*. Y Luciano en el diálogo intitulado *Philopatris*, jura por el dios desconocido de Atenas (8). Y luego: *Habiendo llegado á Atenas, dice, y encontrando allí al dios desconocido, lo adoramos y le dimos gracias, levantando las manos al cielo.*

[1] Act. xvii. 23. *Inveni et ara in qua scriptum erat: IGNOTO DEO. Quod [gr. quem] ergo ignorantes colitis, hoc [gr. hanc] ego annuntio vobis.* [2] Hieronym. in epist. ad Tit. c. 1. *Inscriptio arae non va erat ut Paulus asseruit. IGNOTO DEO, sed in: DIIS ASIÆ, ET EUROPE ET AFRICÆ: DIIS IGNOTIS ET PERGRINIS. Verum quia Paulus non pluribus diis indigebat ignoris, sed uno tantum ignoto Deo, singulari verbo usus est, ut doceret illam esse Deum, quem Athenienses in arae titulo prænoscissent.* [3] Euseb. Liv. de Dion.—[4] Diogen. Laert. l. i. in Epiménide.—[5] Grat Vossius, Beza hic. Bredæ Miscell. l. n. c. 2. Alit. Casaub. ad Laert. Siden. de Synagoga l. iii. c. 13. Hammond. Alit. [6] Vide Grot. [7] Pausan. Atticæ Philostrat. l. vi. c. 2.—[8] Lucian. seu quis alius Dialog. Philopatris.

Hay grande apariencia de que el dios desconocido de que habla S. Pablo, era el mismo de que nos hablan estos autores. El siríaco y árabe traducen aquí á S. Lucas: *El dios oculto*, el dios cuyo nombre no se conoce. En cuanto á los altares de que habla Diógenes Laercio, y que se veían en la Atica, si es cierto que no tenían inscripcion de alguna divinidad, como él mismo dice, ó si la tenían distinta de la del dios desconocido, ninguno de ellos podia ser el que menciona el Apóstol. Hay mas: los altares de Epiménides debían hallarse en el campo en los sitios en que se pararon las ovejas; y el altar en cuestion estaba en Atenas. El de que habla S. Geronimo (1), que estaba consagrado á los dioses del Asia, de la Europa, y del Africa; á los dioses desconocidos y extrangeros, no se habria reconocido por la descripcion que de él da S. Pablo á los areopagitas, diciendo que tenia esta inscripcion: *Al dios desconocido*. Ecueménio y Teoflacto traen la inscripcion un poco diversa (2): *A los dioses del Asia, de la Europa, y del Africa; al dios desconocido y extrangero*, en singular; lo que se acerca mas á lo que dice S. Pablo. Pero la inscripcion que refiere S. Geronimo parece mas natural. Los Atenienses querían así suplicar en alguna manera lo que faltaba de su parte al culto particular de cada divinidad: tributaban, en cuanto podían, sus adoraciones á cuantos dioses se adoraban en todo el mundo, reuniéndolos á todos en la inscripcion de aquel altar. Y en esta suposicion como el Apóstol habria podido decir que iba á anunciarles el dios á quien adoraban sin conocer? No se trataba de un dios, sino de los dioses de todo el universo.

¿Cuál era pues el dios desconocido á quien los Atenienses habian erigido altares? ¿Puede adorarse lo que se ignora? ¿No hay algun misterio en este silencio, ó en la ignorancia en que estaban de esta divinidad? Algunos comentadores de las Actas (3) han creído que este era el verdadero Dios, Criador del universo. S. Pablo lo insinúa con bastante claridad cuando dice á los Atenienses: *Yo vengo á anunciaros al que vosotros adorais sin conocerlo. Dios que ha hecho el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor de cielo y tierra, no habita en los templos hechos por mano de hombres, &c.* (4). Los Judios no daban nombre particular á su Dios (5), como los paganos á los suyos, distinguiéndolos por su origen, por su sexo, por su mando, y por sus nombres. Los extrangeros llamaban al Dios de los Hebreos, *el Dios del cielo*, el Dios inefable é invisible (6); el Altísimo, el Eterno: los mismos Judios no pronunciaban el nombre inefable Jehová, ó si lo pronunciaban, era con grandes precauciones. Los Samaritanos que, como se sabe, adoraban al mismo Dios que los Judios, declaran á Antiocho Epifanes (7), que habiendo sus antepasados edificado en el monte de Garizim un templo á un dios desconocido, y sin nombre, le habian rendido hasta entonces sus adoraciones, y ofrecídale sus sacrificios; mas que para obedecerlo, van á dedicarlo al Júpiter grie-

III.  
¿Cuál era el dios desconocido á quien los Atenienses habian erigido aquel altar?

[1] Hieron. in ep. ad Tit. c. 12 ut sup.—[2] Theoph. et Ecuem. in Act.—[3] Vide Sanct. Corneli. Larrin. Men. Baron.—[4] Act. xvii. 22. 23.—[5] Judith. v. 9. Jonas. i. 9. Dan. vi. 18. v. 28. etc.—[6] Dio. Cas.—[7] Joseph. Antiq. l. xii. c. 7. p. 410.

go. Hablando Lucano del Dios de los Judíos, lo llama Dios incierto:

.....*Et dedita sacris*  
*Incerti Judaea Dei* (1)

Es pues harto creíble que los Atenienses que eran los mas religiosos, ó si se quiere, los mas supersticiosos de todos los hombres, y para quienes era un deber no negar la hospitalidad, como ellos decian (2), á ninguna divinidad, no habian excluido de su recinto al Dios de los Hebreos, que no podia serles desconocido siendo ellos tan ilustrados y curiosos. Segun S. Juan Crisóstomo (3), el pueblo de Atenas, supersticioso hasta el exceso, despues de haber reunido los dioses de casi todas las naciones, temiendo que alguno se les hubiese escapado y que mereciese sus adoraciones, erigió un altar con esta inscripcion: *Al dios desconocido*. S. Pablo, á quien acusaban de introducir en la ciudad nuevos dioses, y á quien querian tratar segun el rigor de las leyes, se defiende de esta acusacion, diciendo: Nada nuevo os traigo: solo os hablo de un Dios que adorais sin conocerlo; este es el Hijo de Dios, criador del cielo y de la tierra: es el Salvador de todos los hombres. Esto es sin duda lo que S. Pablo queria decir: pero podrá decirse que esto era lo que entendian los Atenienses?

La historia escolástica, libro poco autorizado y lleno de cuentos apócrifos, cuenta que S. Dionisio areopagita algunos años ántes de su conversion, estudiando en Egipto, y habiendo observado que la obscuridad que hubo en la muerte de nuestro Salvador, era contra las reglas comunes de la naturaleza, concluyó, que algun dios desconocido padecia; y habiendo vuelto á Atenas con el fin de honrar á este dios que él no conocia, hizo levantar en la plaza el altar de que hablamos, que dió ocasion á S. Pablo de pronunciar el hermoso discurso que leemos en las Actas. Esta anecdota, por mal forjada que esté, no ha dejado de hallar un buen número de aprobadores (4).

Tampoco hacemos mayor aprecio de dos ó tres historias que Teofilacto y Ecuemio nos refieren. El primero dice, que estando en guerra los Atenienses, perdieron una batalla importante, y hallándose consternados se les apareció un espectro y les dijo, que él era la causa de la desgracia que les habia sucedido, pues los habia querido castigar de su indiferencia para con él, y de que, celebrando juegos en honor de todos los otros dioses, no los celebraban en honor suyo. Dicho esto, desapareció el espectro sin decir su nombre. Inmediatamente los Atenienses para reparar su falta, erigieron un templo *al dios desconocido*. Ecuemio cuenta la cosa de otro modo. Atacados los Atenienses de una enfermedad tan ardiente que nada podian sufrir sobre sus cuerpos (5), en vano se dirigieron á cuantos dioses se adoraban en sus ciudades: viendo que ningun socorro alcanzaban, acorriéron erigir un altar al dios desconocido, ina-

[1] *Lucan. Pharsal. l. ii.*—[2] *Vide Act. xvii. 22. Joseph. l. ii. contra Appian. Sophocles, alii apud Orot. in Act. xvii. 22.*—[3] *Chrysostr. in Acta.*—[4] *Vide Nonet. Hugon. Salomon, etc.*—[5] *Fromond conjetura que esta es la enfermedad de que habla Tucídides, l. 2. hist.*

ginándose que acaso la desdicha que lo aquejaba seria por el enojo de alguna divinidad que se creia despreciada. Otros ponian el origen de este altar en el tiempo de la guerra que los Persas hacian á los Griegos. Los Atenienses en esta ocasion mandaron á Filípides á los Lacedemonios para pedirles socorro. Aparecióse el dios Pan á los enviados, en el camino, sobre el monte Partenio, y quejóseles de que él era el único de los dioses á quien no tributaban culto alguno: les ofreció socorrerlos con tal que lo honrasen como á las otras divinidades. Despues de la derrota de los Persas le erigieron un altar, y temerosos de que algun otro dios no quedase descontento de su negligencia, inscribieron sobre el altar: *Al dios desconocido*. Mas estas historias llevan consigo su refutación, no teniendo fundamento alguno en la antigüedad ni en la verdadera historia.

La causa verdadera que hizo erigir este altar al dios desconocido, es sin duda la que nos señala S. Juan Crisóstomo. Los Atenienses, siempre supersticiosos, temiendo que se quedase sin honrar alguna divinidad, honraron aun á las desconocidas é inciertas. Ni esto era peculiar de ellos, pues tambien los Romanos tenían altares consagrados á dioses inciertos: *Invenio*, dice Tertuliano, *plane ignotis diis aras prostitutas; sed Attica idololatria est: item incertis diis; sed romana superstilio est* [1]. Strabon (2) asegura igualmente que los Celtas adoraban un dios anonimo, ó cuyo nombre no conocian. Los gentiles reconocian que ciertos lugares, ciertos bosques y ciertas campiñas eran queridos y habitados por dioses desconocidos:

*Quis deus, incertum est: habitat deus.*

Ovidio, despues de haber hablado de la creacion del mundo, habla del Dios que lo hizo como un dios desconocido:

*Sic ubi dispositam, quisquis fuit ille deorum,*  
*Congeriem secuit* (3).

Macrobio (4) nota que los dioses tutelares de las ciudades de ordinario eran desconocidos, por temor de que los enemigos los invocasen durante los sitios. El nombre propio de la ciudad de Roma y el del dios bajo cuya proteccion estaba, aun el dia de hoy son desconocidos. Y en las evocaciones de las divinidades de una ciudad sitiada, se decia: *Sea dios, ó diosa, &c.: Si deus, si dea est, cui populus civitasque Carthaginensis est in tutela*. Cuando habia un temblor de tierra (5), ordenaban los antiguos Romanos que se dedicase un dia en honor del dios, autor del prodigio. Mas como se ignorase quién fuese el dios que causaba los temblores ó presidia á ellos, no se declaraba al pueblo el nombre del dios por quien se celebraba la fiesta: *Sed dei nomen, ita uti solet, cui servari ferias oportet, statpere et ediscere quiescebat, tum ne alium pro alio nominando falsa religione populum alligaret; tum quia et qua vi et per quem deorum terra tremeret, incertum esset*.

Si esto es asi, y si el dios de Atenas era un dios extraño, un dios incierto, dudoso, desconocido, á quien los Atenienses ren-

[1] *Tertull. contra Marcion c. 9.*—[2] *Strabo, l. iii. p. 146*—[3] *Ovid. Metamorph. lib. 1.*—[4] *Macrobi. l. iii. c. 9. Saturnal.*—[5] *Aul. Geil. l. ii. c. 23.*

III.

¿Por qué los Atenienses habian erigido este altar al dios desconocido?

IV.

¿Cómo pudo decir S. Pa

blo á los A-  
tenienses  
que iba á  
anunciarnos  
al dios des-  
conocido  
que ellos a-  
doran?

dian un culto impío y supersticioso, ¿cómo puede decir S. Pablo que este era el Dios omnipotente, criador del cielo y de la tierra, ó su Hijo coeterno y Salvador del mundo? Si ellos conocian al Dios de los Hebreos, ¿por qué no consagrarle un altar en vez de erigirle uno con la inscripcion: *Al dios desconocido!* ¿Y cómo habrian podido conocer á Jesucristo por Dios, puesto que entónces no era conocida su divinidad mas que de sus discipulos, y que los Judios solo lo reconocian como hombre! La religion de los Judios estaba muy desacreditada entre los gentiles; y lo que allí se decia de su Dios y del modo con que lo servian en su templo, no era propio en manera alguna para inspirar á los Atenienses la idea de ponerlo en el número de sus divinidades. Se pretendia que ellos adoraban á un asno, ó á un puerco, ó una cabeza de asno, ó á un hombre, ó las nubes y el cielo:

*Nil praeter nubes et coeli numen adorant (1).*

A todo esto se puede responder, que S. Pablo no ha pretendido que los Atenienses adorasen realmente ni al Dios criador del mundo, ni á su Hijo coeterno, encarnado para la salvacion de los hombres: si lo hubieran querido adorar, tambien lo habrian conocido. Mas quiere decirles, que va á fijar su culto, anunciándoles un Dios que no conocian y que solo merecia sus adoraciones. Nosotros adorais á un dios desconocido; yo voy á descubrirlo uno que no conocéis, y que merece toda vuestra veneracion y todo vuestro culto. Los demas que podréis tener designio de adorar bajo el nombre de *dioses desconocidos*, de cualquier nombre, pais y nacion que sean, no son dioses: este de quien yo os hablo, es el único verdadero Dios, el único que tiene derecho de exigir nuestros respetos y homenajes.

S. Agustin (2) no duda que los Atenienses no hayan adorado al verdadero Dios bajo el nombre del *Dios desconocido*, y aun supone que á lo menos tenian de él un conocimiento vago y confuso, pues compara el culto que le rendian, al que los cismáticos tributan á Dios fuera de la Iglesia. El Apóstol queria pues que ellos adorasen útil y sabiamente en la Iglesia, lo que ignorante é inútilmente adoraban fuera de ella: *Quid eis praestare cupiens, nisi ut eundem Deum, quem praeter Ecclesiam ignoranter atque inutiliter colebant, in Ecclesia sapienter et salubriter colerent?* Mas no debe insistirse en la comparacion que hace S. Agustin del culto de los Atenienses con el de los cismáticos, sino sobre la inutilidad de uno y otro: porque estos últimos conocen perfectamente al Dios que adoran, en vez de que los Atenienses de ninguna manera conocian al verdadero Dios, ni tenian intencion alguna particular de adorarlo. Únicamente erigieron un altar al dios desconocido, temerosos de no adorar cuantos dioses existian dignos de su culto, sin pensar en el Dios de los Hebreos que seguramente no conocian. S. Pablo por un giro retórico que le es bastante ordinario, toma ocasion de este dios incierto y desconocido, para hacerles conocer al Dios que no conocian, y que hubieran debido adorar abandonando todos los demas.

[1] *Jurnal. satyr. xiv.*—[2] *Aug. l. i. contra Crescon. c. 29.*

## DISERTACION

SOBRE

### LA MUERTE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN,

MADRE DE DIOS.

Aunque la Iglesia cristiana haya profesado siempre un profundo respeto á la santísima Virgen, y le haya tributado un culto superior al que da á los otros santos, es necesario confesar sin embargo, que este culto ha recibido varios aumentos segun los tiempos y circunstancias; y que á medida que los hereges se han esforzado en disminuir ó aniquilar las excelentes cualidades de María, los fieles se han empeñado en darle nuevas pruebas de su devocion. Así vemos que desde la heregia de Nestorio, que negaba á María su cualidad de madre de Dios, se han instituido nuevas festividades en honor suyo, en las cuales se ha aumentado el esplendor de las antiguas.

La Escritura no nos dice ni el lugar, ni el tiempo, ni ninguna otra circunstancia de la muerte de la Virgen. Despues que Jesucristo desde la cruz recomendó á S. Juan Evangelista, su discipulo amado, que cuidase de la santísima Virgen como de su propia madre (1), la llevó este santo apóstol á su casa, y tuvo cuidado de ella como de la madre de su maestro y su Dios. Despues de la ascension del Salvador y la venida del Espíritu Santo al cenáculo, en donde estaba la Virgen con los apóstoles, S. Lucas (2), que con razon se mira como el evangelista de María, y es quien nos ha referido mas particularidades de su historia, nada nos dice en este asunto. Los padres mas antiguos de la Iglesia, tampoco nos han dejado cosa alguna en los escritos que de ellos tenemos, sobre la muerte y resurreccion de la madre de Dios: solo hallamos en ellos lo que de su persona santa se dice en la Escritura: esto reverencian, esto admiran, y de esto sacan motivos de instruccion y de edificacion.

Mas despues del siglo quinto se vieron aparecer ciertas obras que aunque llenas de relaciones inciertas, y aun fabulosas en algunos respetos, no dejaron de hacer impresion sobre los pueblos, y dieron lugar á diversas opiniones acerca de la muerte de la madre de Dios. Nuestro designio es exponerlas aqui, y para hacerlo con mas método, referiremos, 1.º la tradicion de la iglesia latina sobre la muerte, sepultura y asuncion de la Virgen: 2.º la tradicion de la Iglesia griega, y en particular de la de Jerusalem: 3.º la de la iglesia de Egipto: 4.º en fin la de las iglesias orientales de Siria, de Egipto &c.

Diversos aumentos del culto de la Virgen. Silencio de la Escritura sobre la muerte de la Madre de Dios. Obras apócrifas que han producido nuevas opiniones sobre este punto. Objeto y partes de esta Disertacion.

[1] *Joan. xiv. 27.*—[2] *Act. i. 14.*